

Luis Magrinyà

# Habitación doble



EDITORIAL ANAGRAMA

BARCELONA

*Diseño de la colección:* Julio Vivas y Estudio A  
*Ilustración:* foto © Roy Botterell / Corbis / Cordon Press

*Primera edición:* mayo 2010

© Luis Magrinyà, 2010

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2010  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7210-1  
Depósito Legal: B. 13779-2010

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo  
08791 Sant Llorenç d'Hortons

# ÍNDICE

Diez minutos después .....	9
Luxor .....	63
Una modestia algo infame .....	147
Paisaje invernal .....	225
Agradecimientos .....	305

Diez minutos después

## I

En las entrevistas y en ciertos actos públicos en los que me invitan a hablar, suelo definirme –cuando me piden que me defina– como una combinación de pensamiento y golpes de suerte. Con esto pretendo explicar, con un punto de modestia, mi participación en el éxito, entre otros, del detective multicultural Francis Kuroki y el filón, que aquí nadie había explotado, del malogrado novelista centroeuropeo Flórián Sidály. Nadie parece reparar demasiado en que digo «pensamiento» y no «reflexión», y a veces ésta es la palabra con que algunos se quedan aunque yo no la haya dicho; pero ya se sabe que los periodistas –y la gente en general– tienen una manga muy ancha para los sinónimos. No me preocupa: a estas alturas no puede preocuparme que no se me entienda bien, y tampoco soy de esas personas que acaban tomándose en serio no lo que uno dice, sino lo que los demás dicen que dice. Resisto sin dramatismo pasar por «reflexiva»; aunque llevo peor, lo reconozco, lo de ser «intuitiva», que es donde suele acabar, en este limitado universo nocional, una mujer que a lo largo de su experiencia profesional ha tenido uno o varios golpes de suerte.

Por mi parte, declaro aquí, por lo que pueda servir, que no sólo carezco de intuición, sino que ni siquiera sé lo que es. También es cierto que algunas cosas, que la competencia sabe dolo-

rosamente bien, no suelo airearlas en público. No puedo decir, por ejemplo, que me decidí por Francis Kuroki porque, después de haber pasado por manos más bregadas, deseadas y adquisitivas que las mías, por no decir «intuitivas», cayó en mi mesa como un despojo; y me pareció barato. Lo mismo podría decir de Flórián Sidály, aunque en este caso el despojo aterrizó envuelto en tres minúsculas líneas, si bien llenas de elogios, que su heredera, la pertinaz y ahora rica Marina, había conseguido excavar en unos diarios íntimos de Ferenc Jámbor, un autor que leía mi madre; es decir, que, aparte de lo barato, en esta ocasión tampoco me guió la intuición, sino un sentimentalismo añejo y bastante particular. Pensé que, si Jámbor le gustaba a mi madre en los sesenta, bien podría gustarles Sidály a las madres de ahora. Y hasta en eso me equivoqué, porque a quienes realmente les ha gustado ha sido a las solteras.

Un apunte sobre lo barato, que he dicho ya dos veces: forma parte del pensamiento. Pero quizá convenga que me explique mejor.

Cuando digo «pensamiento» lo que quiero decir es que oigo voces dentro de mí y que no estoy loca. Voces que me aconsejan, que me disuaden, que me discuten, que me ordenan, que me callan, que simplemente comentan o que a veces —éstas son peliagudas— dicen cosas sin sentido, o sin sentido aparente, al menos. Tengo la sensación de estar no sólo habitada, sino bulliciosamente —a veces belicosamente— manejada, por otros. Lo que me aparta de la locura es que tengo cierta conciencia de a quién pertenece cada voz, de dónde procede, y desde dónde habla: en general puedo identificarlas bastante bien, reconozco si es la de un familiar, un amigo, un profesor de la infancia, o un pesado que casualmente conocí en un avión. Sé también, más o menos, cuándo oí por primera vez decir a cada una lo que dice, o, si no lo dijo, quién habría dicho o habría podido decir lo que dice la voz en ese momento: en quién se inspira, vamos. Esta última modalidad —la de la voz especulativa— tiende a adquirir un can-

sino protagonismo, pero esto se debe únicamente a que las experiencias pasadas no se contentan con haber acontecido, y en algunos casos reacontecido, sino que se ilusionan con la idea de influir en lo que pueda acontecer, y por eso opinan, enérgica e interesadamente.

No sé si me explico. Una tiene experiencias, las pasa, y, desde el pasado, las experiencias vuelven. Acosan. Dicen cosas como: «No vayas a hacer lo mismo que la última vez», como si la última vez y esta vez se parecieran en algo.

Debo precisar que la conciencia que tengo de esas voces, tanto de las especulativas como de las otras, es en ocasiones vaga y confusa, seguramente porque mi memoria, que nunca fue gran cosa, es cada día más un desastre, y también porque —no querría dar la impresión de soslayar este curioso aspecto— el inconsciente, en efecto, existe, como existe el superyó. Por uno y otro motivo, la vaguedad o las tinieblas no facilitan precisamente la tarea de reconocer el origen, y en última instancia el porqué, de ciertas voces; pero he llegado a la conclusión de que eso no es tan importante. La identificación completa es, desde luego, el desiderátum, porque es lo que permite poner las cosas en su sitio y dirimir a qué clase de apremios o persuasiones se está enfrentando uno; es decir, si estamos obedeciendo a nuestro padre, a un personaje de novela o a un anuncio del *Publishers Weekly*. Pero tampoco somos el detective Kuroki, y no siempre podemos dar con el culpable en alguna escena espectacular: el claro indicio de que hay otra voz, otra persona ahí, expresándose sin tapujos, puede bastarnos. Lo cierto es que suele ser suficiente a efectos prácticos: dado que no siempre pero casi siempre las voces se comportan como un grupo de presión notablemente cargante, basta saber que son ellas quienes presionan para no caer en el error, que sin duda ellas persiguen, de creer que quienes lo hacemos somos lo que con cierta cautela podríamos llamar, en esa promiscuidad, nosotros mismos. A partir de ahí, según su talante y circunstancias, cada cual puede decidir si dialoga, pacta,

sucumbe o hace caso omiso. Lo importante es darse cuenta de que, incluso cuando más se cree una que está sola, está acompañada, y no necesariamente bien acompañada.

En eso, en fin, consiste el pensamiento.

Cuento todo esto por dos razones: primera, porque siempre me ha preocupado volverme loca. Tengo antecedentes familiares, aunque por fortuna no excesivamente directos (un tío mío, hermano de mi padre, que murió en un parque en Valencia); y hace diez años, por un accidente –tiendo a creer que fue eso–, puedo decir que pisé personalmente sus umbrales. Así que tengo mis motivos para interesarme por las voces y hacer un seguimiento esmerado de ellas. La segunda razón es de muy distinta índole, tal vez algo más abstracta, aunque enteramente subordinada a un propósito y a una práctica concretos.

Merece la pena que me extienda un poco sobre ella. Tiene que ver con la forma que en principio había querido dar a esta pequeña exposición de lo sucedido en el curso de una mañana en particular. Se me ocurrió que el recurso que debía adoptar es el que, cuando un texto está escrito en tercera persona, suele llamarse presente histórico, y que, cuando está escrito en primera, no sé cómo se llama, pero se caracteriza por dar la impresión de que uno cuenta los acontecimientos al mismo tiempo que ocurren, como si dispusiera de algún mecanismo registrador –una cámara, una grabadora, hasta una rudimentaria libreta y una mano rápida– que le permitiera ir apuntando lo que pasa a medida que pasa. Como había empezado a escribir de este modo, tengo a mano un ejemplo de cómo habría podido ser una relación de acontecimientos de semejantes características. Veamos:

Suena el despertador y lo apago enseguida. Me resisto a abrir los ojos pero finalmente los abro. Pongo en práctica el primer compromiso del día: combato equitativamente la pereza y el sueño remoloneando unos minutos en la cama con los ojos abiertos. Luego hago lo primero que hacen todas las personas



cortas de vista: busco las gafas en la mesilla de noche (bueno, no todas las personas cortas de vista tienen mesilla de noche; dramáticamente, algunas ni siquiera tienen gafas). Me las pongo. En mi siguiente acto me incorporo (ahora ya sin excepciones) al universo. Voy a hacer pipí. La tapa del váter está levantada. La bajo. A punto estoy de sentarme sobre ella, pero felizmente recapacito. Primer despiste del día. No siempre recapacito pero esta vez triunfo. Levanto la tapa de nuevo y me siento.

Bien, creo que como ilustración es suficiente. Llevaba ya, de hecho, varios folios escritos según este principio que me parecía tan conveniente cuando poco a poco fue dejando de parecerme lo. El problema, descubrí, radicaba en que, si uno no dispone físicamente de un mecanismo registrador, tiene que confiarse a la memoria y sentarse a escribir *después* de que las cosas hayan ocurrido, como hago yo ahora. La intervención de la memoria, con sus imperiosas aunque revocables disposiciones, es importante en la tarea de reconstrucción, pero también lo son —y mucho— las nuevas cosas que están ocurriendo cuando se está escribiendo y que muy probablemente no ocurrían cuando las cosas de las que se escribe estaban sucediendo. Me explico: no es dudoso que lo primero que hiciera yo esa mañana fuera tantear las gafas en la mesilla de noche y ponérmelas; es muy dudoso, en cambio, que mientras lo hacía pensara que no todas las personas cortas de vista tienen mesilla de noche o gafas. No: eso lo pensaba mientras lo escribía, no mientras ocurría. Tampoco, seguramente, cuando ponía en práctica la táctica de remolonear un rato en la cama obligándome a no cerrar los ojos, pensaba que ése era «mi primer compromiso del día»: no digo que no sea así, no digo que no sea en efecto mi primer compromiso del día, ni que no tenga conciencia de que lo sea (de otro modo no lo habría escrito), pero esta conciencia no estaba activada —¿cómo iba a estarlo?— en esos neblinosos momentos. La activación es posterior, corresponde al estado de vigilia y concretamente a la espe-

cial vigilia en que transcurre, a menos que sea uno surrealista –y ni aun así–, el acto de contar o escribir. El tiempo en que ocurren las cosas y el tiempo en que se cuentan son necesariamente distintos; las voces que se oyen, los pensamientos que se tienen, también lo son. Generalmente en el segundo tiempo se oyen más voces y ocurren más cosas.

No resultará ahora, pues, difícil percibir que en el ejemplo que he puesto los dos tiempos se mezclan y que esta mezcla, a pesar de los gráficos paréntesis, puede llegar a ser engañosa. Crea, desde luego, un personaje aparentemente atractivo, muy íntegro y mentalmente rápido, que une acontecimiento y conciencia con heroica desenvoltura, reñida con la prosaica división de hechos y pensamientos que caracteriza al común de los mortales. Por otra parte, plantea cierto dilema que quizá no sea irrelevante, pues ¿qué es lo que hay que contar? ¿Lo que uno sabe cuando algo está ocurriendo o lo que sabe cuando lo está contando? Yo creo que lo último. Y, si uno oye voces, más. Claro que siempre se puede intentar, haciendo esfuerzos, eliminar todo lo que no ocurría, todas las voces que no se oían, cuando aquello que se quiere contar estaba ocurriendo. Pero eso exigiría unas dotes de discernimiento, y por supuesto de honradez, que mi escepticismo no abarca; y además una desactivación de la conciencia, justo en el momento en que más operativa está, que casi me parece ruin. No es que quiera dar a entender que la conciencia es mi amiga, algo que no se pueda traicionar; pero está aquí ahora, despierta, igual que por la mañana estaba adormilada, agradeciendo los actos reflejos, refunfuñando aún por los voluntarios, y ya definitivamente contrariada por tener que dedicarse a señalar obviedades tan imperdonables como que hay que levantar –¡no bajar!– la tapa del váter para hacer pipí. Está aquí conmigo, ahora, mientras escribo, añadiendo, recomponiendo, parlotearlo, y es *ahora* cuando escribo.

Con esto termino con lo del pensamiento. Pasemos a los golpes de suerte.